

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA  
ANIVERSARIO

ISSN: 1659-0872



TOPICOS DEL HUMANISMO  
Nº 149  
Enero del 2008

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA  
XXX ANIVERSARIO

# El embrujo del LIBRO BRUJO de Gerardo César Hurtado

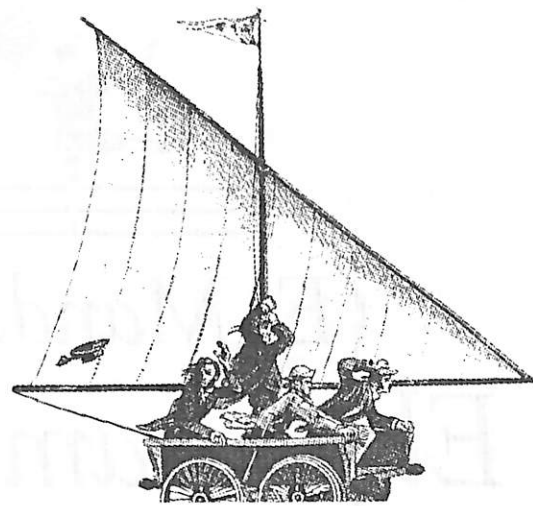
✱  
Benedicto Víquez Guzmán

La quinta novela que ha escrito Gerardo César Hurtado Ortiz la llamó *Libro brujo* y la publicó en el año 2002\*. Esta es la última que ha publicado Gerardo César Hurtado Ortiz. Es una novela monofónica, tradicional, de clásico narrador omnisciente, cercano siempre del personaje que describe y atiende y se mantiene dentro del mismo discurso barroco, alambicado, recargado de imágenes sensoriales de todo tipo, muy al estilo de Alejo Carpentier. Lo que sí cambia y es novedoso es la forma que utiliza el narrador para ofrecer ese mundo de evocaciones, atisbos, sensaciones, conjuros, sueños, viajes, amores, recuerdos e imágenes. Se nos hace difícil utilizar los parámetros tradicionales para realizar un análisis literario descriptivo, interpretativo y valorativo del texto. Por ello vamos a experimentar realizar un análisis bajo la misma perspectiva que ofrece la novela.

**El Libro brujo.** Después de leer la novela nos preguntamos: ¿por qué ese título, sobre todo la escogencia del adjetivo? El término evoca un poder sobrenatural y algún pacto con el diablo. Escogimos ese poder sobrenatural como significado para calificar el libro, la novela. Sin lugar a equivocarnos, la novela, lo escrito, lo narrado, los personajes, los espacios, el bosque y la ciudad, el tiempo, la historia, las sensaciones, todo ello se nos antoja una especie de coctel, un bebedizo y qué mejor manera para entenderla que descubrir la receta de ese tónico maravilloso. Nos imaginamos a nuestro amigo Gerardo César en una cueva, con ventana al exterior, frente a un gran fuego, una enorme olla negra, en un bosque tenebroso y a media noche, con unos manuscritos secretos echando ingredientes al agua hirviendo, meneándola con una enorme paleta y vestido de negro con gorro brujo y un búho, como buen filósofo que es, a su espalda y un gato negro en la ventana rascando su espinazo. Unos tornillos herrumbrosos, tachuelas, dinamita, bastante sal y tomillo, culantro, orégano. Albahaca, ojos de rana saltona y colorada, una foto de Sandino, unos kepis, una metralleta, dos fotos de unos gringos machitos fundamentalistas, con ojos diminutos y satiricones, unos monigotes gordos tomando whisky en Miami, unos indillos sacando guaro y huyendo por la montaña de la guardia, una foto de niña virgen jalando botellas detrás de una mula y mucho barro, algunas plumas de pájaro recién emplumado, un sombrero chino, muchas flores de todos los colores, culantro de coyote, canela, apio, cueros de zapatos viejos y muchas palabras, hileras de ellas, mágicas, evocadoras, proféticas, buscadoras, renovadoras, descubridoras, enraizadas en la tierra, y silencios, pausas, respiros, jadeos, como de amores precisados, de besos pellizcados, y rotación de sonidos, quejidos, suspiros, lloros retenidos, ansiedades anunciadas, olvidos, gritos degollados. Y el flaco Gerardo César, más brujo que antes, suda copiosamente, baila, canta, evoca, recuerda, conjura y pasa de mano la paleta gigante y sigue echando ingredientes, una foto de Federico Tinoco y su grupo oligárquico y otra del gordo Morales, y muchas órdenes de militares de antaño, Tomás Guardia, los Blancos y Cervantes, todo mezclado con porciones de café, rieles de tren y bananos con dientes de negros e italianos y ojitos chispeantes de chino y rabos de mono, pezuñas de chanco montés, dientes de culebra terciopelo, y zapatos gastados de Juan Duarte y cabezas de yegua con los dientes pelados, al mejor estilo de la cegueta, y muchos sueños y grandes desalientos olorosos a guayaba y con semillas de guanábana y cáscara de anona mezclados con pacholí y pelucas de María Antonieta nostálgica, con guillotina pequeña herrumbrosa y con sangre coagulada y seca, preferiblemente negra y más fotos de Juan y María, de Chong y Lepidio y pringues de las jaleas de María Engracia y el guaro de caña y más conjuros, palabras mágicas, poderosas, aniquilantes, desnudadoras, palabras con caras de balas, parecidas a niños con hambre, mujeres violadas, explotadas y promesas guindando de los precipicios y palabras proféticas, cercanas a Cuesta de Moras, con malabases egoístas jugando naipes con cartas ambiguas, barbudas, y semillas de zapote y cejas arqueadas y cachetes de tortirrica bonachona, bañados con saliva resbalosa, insípida e incolora y tranvías diminutos, ruiseñores rodeando una ciudad inverosímil y soñando a lo Versailles o Roma y carretitas de café como souvenirs de paraísos perdidos y deseos arrepentidos, untados en los balcones del Club

Unión, y proyectos fallidos entre juegos de pool y borracheras dispendiosas. Ya como a las dos de la mañana Gerardo César tiró a la gigante olla, unos juguetillos que le quedaban: dos motos de policía con sirenas incluidas y unas patrullas metálicas con policías incluidos, una palomita blanca con ramito de olivo y un monigote orejudo como puertas de vocho, ansioso esperando la llegada de una tal Maripepa, último grito de mujer liberada y tetuda y muchos puños de azúcar, etanol, y cosa sospechosa entre verde y blanco se bambolea azul y rojo no como contraste sino como una armonía cómplice de la semilla de zapote que se le caen las babas por una tal Vip o Big famosa y unas tangentes y cotangentes, otras secantes y cosecantes, así como los senos y cosenos por desechables aunque así no lo piense la tal Vip. Ya cansado el brujo César, hizo los gestos últimos pertinentes, cerró los ojos y pronunció las últimas palabras evocadoras, sacó de su secreta un reloj prehistórico, redondo que además de dar las horas tenía la virtud de entonar la frase célebre "para siempre jamás". Era una reliquia que él había heredado de su bisabuelo y este de Pablo Presbere que lo recibió de un sukia de Talamanca que lo había obtenido de manos de un tal Bartolomé de las Casas en un trato desigual de trueque por unos zopilotes de oro, los despojó de los poderes maléficos con ayuda de Sibú y

lo convirtió en emblema del tiempo mitológico Bribri que siempre lo acompañó por todos los tiempos desde que vivió en Puerto Limón, anduvo en tiempos de *Los Vencidos* y el Codo del Diablo, *Los Parques* de juventud, *Así en la paz como en la guerra* y hasta en *Irazú*, cuando nos visitó un tal Mister gringo con espejitos disfrazados de Alianza para el Progreso, igual que hoy lo hace el otro Mister y único que protestó por *intuir engaños fue ese coloso llamado Irazú que en su visita llenó el país de ceniza rebelde y llenó al machillo, los ojos de lágrimas y le obligó a regresar a su país con el rabo entre las piernas, como indicándonos que vendrían otros tiempos en que los vendepatrias disfrazados de gurús con tics nerviosos en el ojo derecho, indicio psicodélico de contratos planetarios todopoderosos, hacemilagos, engañosos y mujeres de palo con narices prolongadas de tanto cavilar el cómo extraer agua de las rocas sin acudir a los poderes mágicos del dúo dinámico, por carecer de ellos y no por mentir. Parece que el reloj mágico, según la leyenda, lo había obtenido una genovesa bellísima, del mismo diablo, que la Santa Inquisición quemó viva en plaza pública por bruja y no por defenderse de un sátiro calvo que quería violarla a la fuerza. Fue el mismo Triana, aquel capitán español que cuando las naves de Colón arribaron a nuestras costas gritó a todo galillo "¡Oro!, ¡Oro!, ¡Oro!", por tres veces consecutivas, quien se lo robó de una iglesia católica de Sevilla y luego lo canjeó con un tal Peralta que se lo ofreció a Bartolomé para que en su lecho de muerte, le perdonara todos los crímenes contra los indios, los despojos, las violaciones de las indias, la usurpación de las tierras y cuanto vejamen pueda imaginarse cometido por los españoles en estas tierras. Así Bartolomé lo entregó al sukia a cambio de los zopilotes de oro y la pacificación de los indios y además agregó el compromiso de buscar entre los gobernadores españoles que no sometieran a los indios a trabajos forzados demasiado duros sino a los negros, pues eran más fuertes que ellos. Gerardo César con nombre y pose de emperador tomó el reloj mágico en su mano, lo arrimó a su corazón y con gran dolor y un profundo desprendimiento personal, lo arrojó en la olla mágica, dejó caer su flaco cuerpo sobre el suelo pedregoso y se sumió en un profundo y prolongado sueño insustancial. El bebedizo quedó preparado y lleno de poderes sobrenaturales. Al unísono las tinieblas desaparecieron, se hizo la luz, los pajarillos salieron de sus escondites, alegres, a saludar la alborada, los ríos se transformaron en aguas cristalinas, con peces alegres y ruiseñor, los yermos montes se poblaron de árboles gigantescos y las más variadas especies de aves y animales resucitaron para poblar la nueva naturaleza que recién comenzaba a surgir. Después de tres días con sus respectivas noches, el brujo Gerardo César con pose de emperador, despertó, pero para desgracia de él padecía la enfermedad contemporánea que suele darles a los políticos, del olvido, no recordó cuan largo es y tomó una pluma de pájaro Dulce encanto, quien desilusionado y frustrado por no poder curar a tanto político ciego revoloteaba alegre en su nueva morada, la mojó en la olla todavía hirviendo y escribió la frase que inmortalizaría su nombre por toda la eternidad: "¡Yo no sé cómo escribí lo que escribí...! ¡Fue una licencia poética!".*



## Prosas poéticas

✱  
José Francisco Quirós Mena\*

### El Baúl

El carpintero hizo el baúl con la madera del viejo guayacán. En él la abuela guardaba las cosas que ella creía eran las más importantes. La foto del abuelo, el primer diente que se le cayó al perro, la cafetera vieja, un fustán de seda. También tenía ahí los recuerdos de la última refriega y la primera palabra de amor que le dijo el abuelo.

### Tengo un zapato

Tengo un zapato guardado en el ropero. Hace mucho no lo uso, es un zapato viejo, cansado y feo. Él se lamenta, porque no lo saco, por el agua, o por el frío y además tiene un hoyo en la gastada suela. Como si fuera poco se le rompió un cordón, dejándole un hueco por donde se asoma su lengua untada de betún y carbón.

### La Canfinera

Tomo un frasco de vidrio y coloco adentro una mecha, luego le echo canfín y con un fósforo la enciendo, eso me da una luz, una luz muy traviesa, mamá dice, esa es la luz de la canfinera, que baila cada noche sobre las casas pobres de la ribera.

### Árbol y Río

El potrero llora, su amigo el río se ha secado, desde donde está contempla con asombro que solo quedan en él las piedras desnudas y una que otra charca, donde nacen algunos renacuajos. Y para mayor tristeza, escucha como se desgaja, con chillidos dolorosos, el grueso tronco del cedro. A dentelladas, una máquina lo hirió, produciéndole una muerte instantánea. Ese día, el río no tenía agua ni para una lágrima.

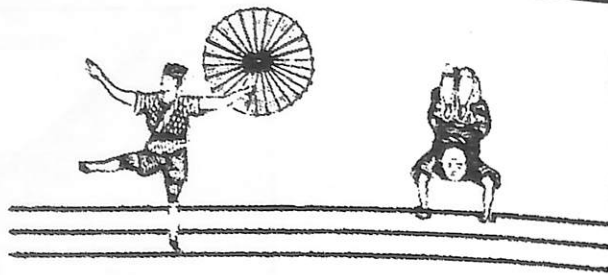
### Era un día sin sol

Como todos los animales que deben vivir raras mutaciones, la chicharra Celestina debía pasar por la suya. Una vez que regresó del paseo que dio con su amiga Clótida, le contó a esta lo afligida que se sentía por cuanto dentro de poco habría de dejar su viejo caparazón; abandonar su traje de todos los días, el cual poco a poco había cambiado de color, pasando de un verde pino a un café metálico opaco. También extrañaría las tardes de sol, el canto de las aves y las intrépidas intenciones por cazarla que realizaba el pecho amarillo cada vez que ella se descuidaba o volaba a otro árbol. Fue por eso que abrazándose a su amiga se despidió de ella, se alejó con una pesadumbre en sus alas transparentes. Era un día sin sol cuando la chicharra Celestina dejó su antiguo vestido colgado de una rama, lo dejó guardado en el armario de la montaña.



\* San Isidro de El General, envió del autor, de un libro inédito.

\* Hurtado, Gerardo César. *Libro brujo*. San José: Editorial Costa Rica, 2002.



# (El Mandato del Cielo)

## El pensamiento político en Confucio



Mario León Rojas

La información escrita previa a Confucio, más antigua, nos señala que en 1400 a. de C., uno de los centros más importantes de la China era la ciudad de Shang, que había logrado un alto estadio de civilización.

Esta ciudad, sede de la dinastía Shang, fue conquistada en 1122 a. de C. por hordas tribales procedentes de China occidental, dirigidas por los Chou, fundadores de una famosa dinastía que logró la unificación del país.

A la muerte del conquistador el Rey Chou, le sucedió su hijo, un joven sin la firmeza que la situación requería. El Imperio comenzó a decaer hasta que intervino un tío del joven rey conocido como el Duque de Chou, quien, de manera enérgica, doblegó las poblaciones que intentaban rebelarse y gobernó con mano dura pero de manera sabia y benigna.

Los Chou justificaron su lucha de conquista y su gobierno, con la doctrina del "Mandato del Cielo". Esta doctrina, en resumen, proponía lo siguiente:

- La nobleza (aristocracia) recibía su poder para gobernar de un "Mandato del Cielo".
- Cuando un gobernante como Shang, se comportaba de manera incorrecta, era corrupto y arbitrario, El Cielo le retiraba su apoyo y buscaba a otros nobles para que lo derrocaran y gobernarán en su lugar.
- El Cielo aprobaba que los pueblos se rebelaran contra sus gobernantes cuando estos les tiranizaban. Por tanto, el Poder era recibido como un depósito del cual se hacía usufructo, susceptible de revocación cuando no se hacía buen uso del mismo.

El régimen chino de ese entonces era de carácter feudal, asemejándose en muchos aspectos al predominante en Europa durante los siglos X hasta el XV.

Una vez lograda la conquista, los reyes Chou, dadas la extensión del imperio, la falta de una economía mercantil, las dificultades en los transportes, hicieron lo único que podían hacer: parcelar sus territorios y distribuirlos entre diversos feudatarios.

Estos señores, que constituyeron las aristocracias locales, tenían una total libertad para gobernar sus territorios siempre que mantuvieran la paz, pagaran el tributo estipulado, y acudieran con sus soldados en auxilio del soberano cuando se les necesitara.

Durante mucho tiempo el sistema de gobierno funcionó bien pero, poco a poco, los descendientes de los señores feudales, más interesados en su provecho, comenzaron a luchar entre sí anexándose los más fuertes los territorios más débiles.

La doctrina del "Mandato del Cielo" justificaba las agresiones. También los nobles formaron alianzas con tribus "bárbaras" para consolidar su poder en los territorios que tomaban.

Esto originó en el 771 la caída de la dinastía Chou, la cual culminó con la muerte de su último rey.

Los descendientes de la familia Chou que siguieron fueron simples títeres de sus vasallos más poderosos.

Este proceso de descentralización fortaleció las numerosas aristocracias reinantes en los diversos territorios sometidos, la mayoría de los casos, a gobiernos de corte dictatorial.

El gran sabio Kung-tsé, nació el día 21 del décimo mes del año 522 a. de C. o 551 a. de C., en la ciudad de Kuo-li, distrito de Chang-Ping, ciudad del estado de Lu, a orillas del mar de la China, entre los ríos Amarillo y Huai.

Según la tradición su familia descendía de la antigua dinastía real de Yen, del estado de Sung.

Su origen aristocrático no le garantizó una posición económica sólida, debiendo desempeñarse desde muy joven en diversos oficios. Se le permitió aprender a escribir y desde su niñez mostró una gran preocupación por el estudio, leyendo con avidez los libros antiguos.

En el transcurso de su vida ocupó puestos públicos de alguna relevancia pero nunca logró obtener los más altos rangos.

Aproximadamente a sus treinta años de edad, reunía una pléyade de discípulos que le llamaban, con admiración, Kung-Fu Tsé, que significaba Kung "el sabio".

Se dedicó a la educación creando una verdadera universidad democrática, donde se aceptaban los discípulos mejor dispuestos para el aprendizaje independientemente de su nivel social.

Confucio plantea una serie de ideas revolucionarias en su época, que se oponen a los intereses de la nobleza china.

Predica la igualdad entre los hombres alegando que la condición de noble puede ser ostentada por cualquiera de acuerdo con sus virtudes y no es hereditaria.

También afirmó que todos los hombres tienen derecho a la educación y consideró deber del soberano educar a los pueblos.

Creía que el hombre debía actuar siguiendo los principios, El Camino, que se encontraba en su propia naturaleza interior.

Para Confucio, El Camino era un modo de acción guiada por la virtud, por los ideales de convivencia humana, y no tenía una acepción mítica o metafísica. El Camino era la búsqueda de la verdad, el ejercicio de la justicia, la bondad y se inspiraba en el amor a todos los hombres:

"El Maestro dijo: ¿no es verdad, Tseng-tsé, que mi doctrina es simple y fácil de comprender? Tseng-tsé sólo respondió: así es.

Cuando el Maestro hubo salido, los demás discípulos le preguntaron que había querido dar a entender con sus palabras, y Tseng-tsé les dijo: la doctrina de nuestro maestro se reduce a obrar siempre con rectitud y a amar al prójimo como a nosotros mismos; en esto se contiene todo lo demás" (Lun Yu (Analectas), Libro I, Cap. IV, párrafo 15, pág. 128).

Exigía a sus seguidores el máximo celo en la defensa de sus ideales y esperaba que estuvieran dispuestos a dar la vida, en todo momento, por sus principios.

El Cielo, para él, era una



especie de fuerza moral actuante en el universo. Hacía énfasis en el esfuerzo de superación del individuo mismo, pero esperaba que El Cielo ayudara a quienes se ayudaban a sí mismos.

Respetaba los ritos religiosos del culto a los antepasados y no se oponía a las ideas de la religión oficial. No obstante, su pensamiento estuvo muy lejos de ser un pensamiento religioso.

Por el contrario, se cimentaba en la observación de los hombres, en la comprensión de su naturaleza y en un esfuerzo consciente en busca de la felicidad humana aquí, en la tierra.

Otro aspecto importante en Confucio es el término Li, que abarcaba todo el complejo de los usos sociales y convencionales a los cuales les daba una connotación moral. Estas normas de moralidad y cortesía se reforzaban entre sí y trascendían el orden social.

Sus ideas respecto a la educación eran revolucionarias. Predicaba una didáctica demócrata, únicamente limitada por la capacidad intelectual del aspirante y no por su condición económica o social.

El hombre era, para él, un ser eminentemente social. Así, la función pública del hombre no se limitaba al servicio del Estado: el cumplimiento de los deberes, la práctica de la bondad y la justicia; la búsqueda constante de la sabiduría, equivalían al cumplimiento de los deberes públicos del hombre.

Proponía que el gobierno estuviese en manos de funcionarios capacitados y procuró formar ministros que ocuparan los cargos oficiales con decoro y eficacia.

No se cuestionó si el sistema de gobierno existente era o no el mejor, ni la posibilidad de cambiarlo. Recomendaba a los ministros aconsejar con acierto a los príncipes y censurar su actuación cuando esta se apartara de los principios morales.

Consideraba que una ciudadanía ilustrada era el fundamento necesario para el Estado, y que el gobernante ordenaba y educaba con su ejemplo y no con la Ley.

La búsqueda de la verdad, de los principios, era un "compromiso" y debía corresponder a la expresión más auténtica del individuo. Los rituales, el estudio, por sí mismos, no garantizaban el logro de la sabiduría y la bondad. Estaba por tanto contra toda clase de impostura y contra los detalles intrascendentes del ritual.

La importancia que concede al estudio se puede observar en la siguiente cita:

"El Maestro dijo: ¿Tse-lú, has oído hablar alguna vez sobre los seis absurdos y sus consecuencias? El discípulo respondió: nunca he oído hablar de esto.

Entonces, dijo el Maestro: ven acá, que te lo voy a explicar.

El primer absurdo consiste en pretender alcanzar el bien prescindiendo del estudio, y su consecuencia es la decepción, el segundo consiste en intentar alcanzar la ciencia sin entregarse al estudio, lo que conduce a la incertidumbre; el tercero consiste en el deseo de ser sincero prescindiendo del estudio, lo que provoca el engaño; el cuarto consiste en pretender obrar rectamente sin haber recibido la instrucción adecuada, con lo que se cae en la temeridad; el quinto consiste en querer compaginar el valor con la incultura; lo que da lugar a la insubordinación; finalmente, si se desea alcanzar la perseverancia prescindiendo del estudio, se cae en la testarudez y la obcecación" (Lun Yu (Analectas), Libro II, Cap. VII, párrafo 8, pág. 204).

No existiendo en Confucio una idea política relativa a la obtención del poder, ni que pretenda variar la forma de organización política, su pensamiento se circunscribe a señalar los principios del buen gobierno.

Estos principios se encuentran íntimamente ligados con las instancias éticas que señaláramos anteriormente. No obstante, evitan todo planteamiento utópico y se basan en normas de conducta viables para el hombre.

Condena en primer lugar los hábitos de la aristocracia reinante y la corrupción en sus costumbres, así como el abuso de los poderes públicos que ejercían.

La doctrina del "Mandato del Cielo" de los Chou, era parte fundamental del pueblo chino y concebía que el gobernante debía satisfacer el interés social (bien común) como primera instancia. Estas ideas tuvieron un notable desarrollo en Confucio:

"Kung-tsé ha dicho: el que gobierna un reino de mil carros ha de granjearse la confianza de su pueblo mediante una entrega total y dedicación a los asuntos públicos; debe moderar sus gastos particulares, buscar tan solo el bien común del pueblo y utilizar los servicios

de sus súbditos únicamente cuando resulten imprescindibles" (Libro I, Cap. I, párrafo 5, pág. 114).

"Lo que más detesto es que se gobierne sin preocuparse por el bienestar de los súbditos, que se practiquen las ceremonias sin respeto, y que se celebren honras fúnebres sin experimentar verdadero dolor" (Libro I, Cap. III, párrafo 26, pág. 126).

El abuso contra el pueblo legitima, a su juicio, la rebelión. Y los hombres rectos tienen el deber de denunciar las actuaciones incorrectas del gobernante:

"El príncipe de Ki es más rico que los príncipes de la casa de Tchou. Sin embargo, Kiev sigue recogiendo y aumentando sin cesar los impuestos para el príncipe de Ki, con lo que incrementa todavía más su fortuna personal. Hijos míos, exclamó el Maestro, podéis redoblar el tambor en señal de ataque contra él, y nada puede impedirnos proclamar sus defectos" (Libro II, Cap. I, párrafo 6, pág. 166).

Consideraba que el príncipe o, por lo menos sus ministros, estaba llamado a ser un hombre virtuoso y equilibrado.

"El Maestro dijo: quien se controla a sí mismo y obra bien, no tendrá dificultad alguna para gobernar con eficacia. Al que no sabe gobernarse a sí mismo, le resultará imposible ordenar la conducta de los demás hombres" (Libro II, Cap. II, párrafo 13, pág. 179).

La virtud era el cumplimiento cabal de las costumbres:

"El Maestro ha dicho: el fiel y sincero cumplimiento de las costumbres, es suficiente para gobernar con facilidad y eficacia un reino. Si el cumplimiento fiel y sincero de las costumbres no fuera suficiente para gobernar con facilidad y eficacia un reino ¿de qué serviría practicar dichas costumbres?" (Libro I, Cap. III, párrafo 13, pág. 128).

Consideraba que la lealtad de los subordinados consistía en ser sinceros con sus soberanos y contradecirles en aquello que era injusto:

"Tink-kong, príncipe de Lu, preguntó: ¿puede abarcarse con una palabra la prosperidad del Estado? El Maestro respondió: una palabra no puede alcanzar a tanto. Sin embargo, hay un proverbio que dice: ser príncipe es difícil, actuar como ministro tiene también su dificultad. Cuando se conoce lo difícil que es ser príncipe, ¿no se está ya muy cerca de conocer en qué consiste la prosperidad del Estado?"

Tink-kong añadió: ¿puede abarcarse con una palabra la decadencia del Estado? El Maestro respondió: una palabra no puede alcanzar a tanto. Sin embargo, hay un proverbio que dice: sólo me gusta ser príncipe cuando encuentro a alguien que me contradice con sus palabras. Si el príncipe es apto y nadie lo contradice, este hecho no tiene ninguna particularidad. Pero si el príncipe obra mal y nadie lo contradice ¿no se estará entonces muy cerca de la decadencia y ruina del Estado?" (Libro II, Cap. III, párrafo 14, pág. 179).

Confucio proponía una conducta administrativa basada en la práctica de la virtud, en el uso del sentido común y en el apego al interés común por encima del interés particular:

"Tse-hia, gobernador de Kiu-fiu, ciudad del reino de Lu, preguntó a Kung-tse cuál era la esencia de un buen gobierno. El Maestro respondió: no resolver los asuntos con precipitación y no buscar el propio provecho. Si se resuelven los asuntos con precipitación, no se puede tener un perfecto conocimiento de los mismos; si se busca el propio provecho, quedan olvidados los asuntos públicos de mayor importancia" (Libro II, Cap. III, párrafo 17, pág. 180).

La base del gobierno es la confianza que el pueblo tiene en sus gobernantes y el ejemplo que estos gobernantes le ofrecen, la mayor garantía de su lealtad. Este ejemplo tiene un valor moral mayor que las leyes y los castigos.

"Tse-kung preguntó qué era lo principal para el buen gobierno del pueblo. El Maestro dijo: preocuparse de que

## 像教行子孔師先



abunden los víveres en las poblaciones, de que haya suficiente fuerza defensiva, y de que el pueblo tenga confianza en sus gobernantes.

Tse-kung replicó: sino pudieran cumplirse estas tres cosas, ¿de cuál de ellas podría prescindirse antes? El Maestro dijo: de la fuerza defensiva.

Tse-kung añadió: si no hubiese otro remedio que prescindir de alguna de las otras dos cosas restantes, ¿cuál habría de ser? El Maestro dijo: lo referente a la abundancia de víveres. De una cosa o de la otra, los hombres siempre han tenido que morir, pero resulta totalmente imposible gobernar un pueblo si este ha perdido la confianza en sus gobernantes" (Libro II, Cap. II, párrafo 7, pág. 172).

"Ki-kang preguntó a Kung-tse, ¿qué debía hacerse para eliminar los ladrones de su reino? El Maestro contestó: si el príncipe es el primero en no desear los bienes de los demás, los súbditos no robarán ni aún cuando se establecieran premios para ello" (Libro II, Cap. II, párrafo 18, pág. 174).

"Kin-kang preguntó de nuevo a Kung-tse: ¿debo condenar a muerte a los que no respetan ninguna ley, para lograr de este modo que todos los súbditos observen las leyes?"

Kung-tse le respondió: si gobiernas con rectitud, no tendrás necesidad alguna de condenar a muerte a nadie. Si el príncipe ama la virtud, el pueblo entero será virtuoso. La conducta de los súbditos es como la hierba: la hierba se dobla cuando el viento sopla sobre ella" (Libro II, Cap. II, párrafo 19, pág. 174).

"Kun-tse ha dicho: si se gobierna a un pueblo según las leyes de la buena administración y se le mantiene en paz por el temor de los suplicios, los ciudadanos procurarán que no se descubran sus malas acciones, pero no se avergonzarán de ellas. Si se gobierna a un pueblo de acuerdo con los principios de la virtud y se le mantiene en paz con las solas leyes de la convivencia social (que es la Ley del Cielo), los ciudadanos sentirán vergüenza por sus acciones malas y así avanzarán por el camino de la virtud" (Libro I, Cap. II, párrafo 3, pág. 117).

El buen gobierno propuesto por Confucio se fundaba también en un sistema de méritos donde tanto el príncipe como sus ministros debían ostentar especiales condiciones humanas. Esto implicaba la selección de los funcionarios con base en sus méritos personales y no en su condición económico-social. Esta es la fuente de inspiración de la "meritocracia" propugnada por los regímenes de Servicio Civil y el principio fundamental del ejercicio democrático de la función pública. Tales ideas podemos observarlas en las siguientes citas:

"Ngai-kung, príncipe de Lu, preguntó: ¿cómo puedo conseguir la sumisión del pueblo? Kung-tse le respondió: eleva y honra a los hombres rectos íntegros; humilla y destituye a los perversos y corruptos; de este modo el pueblo te obedecerá. Si elevas y honras a los perversos y corruptos, humillando y destituyendo a los rectos e íntegros, el pueblo se apartará de tu obediencia" (Libro I, Cap. II, párrafo 19, pág. 120).

"Ki-kang, noble del reino de Lu, preguntó que debía hacer para conseguir la veneración y fidelidad de su pueblo, y para encauzarlo en el camino de la virtud. Kung-tse le respondió: muéstrate digno y firme, y entonces te venerará; trátalo con benevolencia y justicia, y entonces te será fiel; concede los cargos públicos y honores a los hombres virtuosos, da instrucción a quienes no puedan adquirirla por sí mismos, y entonces el pueblo se sentirá estimulado a avanzar por el camino de la virtud" (Libro I, párrafo 20, pág. 120).

Y, para concluir, queda como una obligación del gobernante procurar la educación de su pueblo. Esto se desprende de la cita anterior y se observa con claridad en la siguiente:

"Yan-yeu dijo: cuando el pueblo es tan numeroso ¿qué puede hacerse en su bien? El Maestro respondió: hacerlo rico y feliz. Yan-yeu añadió: y cuando sea rico, ¿qué más puede hacerse por él? El maestro respondió: educarlo" (Libro II, Cap. III, párrafo 9, pág. 6).

Confucio, como observamos, no intenta desentrañar la forma que debe asumir el gobierno, nos plantea una vertiente distinta del fenómeno político. Le interesan los medios por los cuales la organización política existente es capaz de legitimar su acción y obtener el beneficio común.

La responsabilidad social del hombre en los asuntos públicos aparece como una parte importante de sus deberes, que trasciende la esfera de su acción privada:

"Cierta hombre preguntó a Kung-tse: Maestro, ¿por qué no ejerces ninguna función pública? El Maestro respondió: los que ocupan cargos públicos sólo deben practicar la piedad filial y el mutuo respeto entre los hermanos de distintas edades; por ello, quienes practican tales virtudes ejercen ya funciones públicas que contribuyen al buen orden del Estado. Es decir, los que ocupan cargos públicos no son los únicos que ejercen funciones públicas" (Libro I, Cap. II, párrafo 21, págs. 120-121).

Sus opiniones interesan en particular al Administrador Público, quien encontrará expuestas, de manera sencilla, algunas de las normas fundamentales de la Administración.

La sujeción de lo ético y lo político, fundamentalmente en la acción del gobernante, en el pensamiento de Confucio, hace pensar que las ciencias de la conducta social como la política y la administración, no pueden ser ajenas a los principios morales de convivencia social.

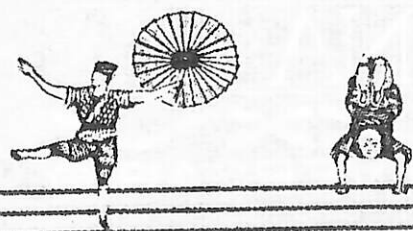
En el caso de la Administración, los principios éticos necesariamente son principios que regulan la acción administrativa. Esto se ha manifestado en pensadores como Fayol, Mary Parker, Mc Gregor, Dimock y otros que han admitido, en algún momento, la vigencia de ciertos principios que deben regir la conducta del administrador y constituyen normas morales elevadas a la categoría de ley.

El Derecho, especialmente el Derecho Público, y dentro de este, el Administrativo, han comprendido desde mucho antes esta verdad. ¿Será algún día comprendida por los políticos y administradores públicos?

### BIBLIOGRAFÍA

CONFUCIO. Los cuatro libros clásicos. Editorial Bruguera. Barcelona, España. 5ta. ed. Setiembre de 1978.

CREEL, Herrlee G. El pensamiento chino desde Confucio hasta Mao Tse-Tung. Alianza Editorial. Madrid, España. 1976.



# TÓPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional  
Centro de Estudios Generales  
Apartado 86-3000  
Costa Rica, América Latina  
Teléfono 277-3307

## MIEMBROS DE LA COMISIÓN EDITORIAL

Lic. *Mayela Cascante Fonseca*  
Decana, Centro de Estudios Generales  
Lic. *Rafael Zamora Brenes*  
Vicedecano, Centro de Estudios Generales  
Dra. *Zaida Fonseca Herrera*  
Lic. *Enrique Mata*  
Lic. *Maribel León Fernández*  
Lic. *Gerardo César Hurtado Ortiz*  
Académico y escritor, Presidente de la Comisión Editorial

## ARTES FINALES

*Víctor Hugo Navarro*

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

**UNA**  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
COSTA RICA

Impreso en  
el Programa de Publicaciones e Impresiones  
de la Universidad Nacional

# PRESENTACIÓN

El humanismo relacionado con los órdenes políticos no puede quedar afuera de la consideración de una democracia de la posmodernidad. Es decir, la democracia crea a su vez los antivirus y sus defensas. El humanismo está en crisis por razones de carácter ideológico y la política no deja espacios para la asfixia que acontece con todo lo humanístico en general y su interés en el enfoque central de toda cultura y su desarrollo ulterior de un pueblo, un país, una visión educativa que ha constituido la formación de valores desde que somos república. Estas deliberaciones vienen a subrayar tanto el interés por el tiempo venidero y su importancia en el desarrollo político, económico, social y humano de la cultura del costarricense actual, especialmente de sus jóvenes y los valores que se les inculcan a fuerza cerrada por el ambiente en que su espíritu se desarrolla. He de subrayar la importancia de las humanidades en estos tiempos de crisis de la democracia. Si el juego de la política condiciona lo que tanto se viene diciendo de los medios de comunicación, los mensajes irradiados del gobierno, en la instancia del llamado referéndum sobre el TLC, solo queda la esperanza de que acertemos en la apertura que se espera en los próximos tiempos; la espera es mejor que una formación cerrada de los triunfadores que consideran que la democracia no ha sido cuestionada y que los valores serán los que se impondrán en el pensamiento de nuestro parecer como ciudadanos libres.

Es importante luego, en otro sentido, meditar sobre la política en un pensador religioso como Confucio; su pensamiento deja abierta la reflexión sobre el quehacer de la cultura.

En otro aparte, la literatura viene a despertar en el lector la pasión por las imágenes y las ideas que desarrolla el mundo diverso de las letras.

Esperemos, pues, lectores que este año nos llene la esperanza y las consideraciones buenas en estos tiempos cambiantes en nuestra patria. Albricias.

Gerardo César Hurtado Ortiz  
Editor

Créditos: Portada: "Colibrí en verano", técnica lapicero, Sabrina Hurtado Guevara, 2007. • Contraportada: cabeza posmoderna, ilustración, *New York Times*, 2004.